

LA LLAMADA A ADORAR

JAMES L. MAY

En marzo de 1993, volvimos mi esposa Bárbara y yo a Zambia, después de una ausencia de diez años. Tomamos prestado un vehículo de la Namwianga Christian Secondary School, y fuimos en él, un domingo por la mañana, a la aldea de Siakasasa. Diez años antes, habíamos ayudado a establecer una iglesia en ésta, y habíamos ayudado a los cristianos del lugar a erigir un edificio. Cuando llegamos al edificio, cerca de las diez de la mañana, no había nadie a la vista. Esperamos bajo un árbol, preguntándonos si la iglesia todavía se reunía allí. Pero no tuvimos que preguntarnos por mucho tiempo. En cuestión de minutos, apareció un niño que corrió precipitadamente hacia el árbol, para golpear un viejo disco de arado con una vara de metal. Era ésta «la llamada a adorar», con la cual se informaba a los habitantes de la aldea que tenían invitados para el culto de ese día.

No fue sino hasta media hora después que apareció alguien. Uno tras otro, fueron llegando los miembros por entre los arbustos, y procedían de diferentes direcciones. Nos saludaron alegremente y se quedaron con nosotros debajo del árbol hasta estar seguros de que casi todos habían llegado. Una vez dentro del edificio, los hombres se sentaron a un lado y las mujeres al otro. Los asientos eran maderos que descansaban por ambos extremos sobre troncos en forma de «Y» que estaban semienterrados en el piso de tierra.

La música de algunos de los cánticos nos resultó conocida, pero no así la letra, pues se cantaron en lengua tonga. Otros cánticos nos fueron totalmente desconocidos, ya que tenían una melodía africana distintiva. Fue una experiencia de adoración característica del África. No era la clase de culto a la cual yo estaba acostumbrado; sin embargo, no tenía duda alguna de que era adoración la que se estaba llevando a cabo allí.

En otra ocasión, fui con el hermano Peter Salomon a dirigirle la palabra a la iglesia que se reunía en la YMCA de Madras, India. El culto ya había dado inicio cuando llegamos. No había un solo asiento. Los adoradores estaban todos sentados

o arrodillados sobre esteras en el piso. Cuando entramos, vimos que la mayoría de las personas estaban arrodilladas y tenían su cabeza inclinada en señal de reverencia. Había alguien dirigiendo una oración. Peter se puso de rodillas apenas estuvo adentro. Yo hice lo mismo. Me conmovió aquella escena de una congregación humillada delante del trono de Dios. Estaba claro para mí que era adoración la que se estaba llevando a cabo allí.

He asistido a cultos de adoración en cinco diferentes naciones africanas, en diferentes regiones de la India, en dos naciones de Sudamérica y en naciones de Centroamérica, así como en varias islas del Caribe. Todos son diferentes (dentro de los límites fijados por las Escrituras), y sin embargo todos son parecidos. He aprendido a ser flexible en cuanto a lo que debo esperar que ocurra en los cultos de adoración. Aunque algunos han sido más agradables y personalmente más beneficiosos que otros, he aprendido que el que adore o no adore, depende más de lo que pasa dentro de mí, que de lo que pasa en el lugar donde se lleva a cabo el culto.

¿QUÉ ES ADORACIÓN?

¿Yacerá la adoración debajo de las diferentes actividades en que la iglesia está ocupada? ¿Se esconderá en algún rincón del lugar donde llevamos a cabo el culto, esperando ser descubierta? Mi recuerdo más temprano del culto de adoración tiene que ver con la idea de «ir a la iglesia». Esta percepción se fijó en mi mente, a pesar de las continuas amonestaciones de los predicadores en el sentido de que nosotros no «vamos a la iglesia», sino que «vamos a adorar». Si a lo que verdaderamente se supone que «vamos» es a adorar, entonces es necesario que sepamos qué es adoración. A. W. Tozer dijo: «Mucho de lo que se llama adoración, no lo es».¹

¹ A. W. Tozer, *Whatever Happened to Worship? (¿Qué paso con la adoración?)*, comp. and ed. Gerald B. Smith (Camp Hill, Pa.: Christian Publications, 1985), 37.

La palabra «adoración», al igual que la palabra «amor», es uno de esos vocablos conocidos que son difíciles de definir en términos que las personas de hoy día puedan entender a plenitud. Se refiere a algo que algunos desean, y que otros aborrecen. Hay quienes anhelan ser refrescados, saciados e inspirados por la experiencia de estar ante la presencia de Dios. Pero hay otros a quienes el culto les parece la manera más aburrida que se pueden imaginar de perder el tiempo.

Alfred P. Gibbs dijo: «El significado [de la adoración] al igual que el exquisito perfume de una rosa, o el delicioso sabor de la miel, es más fácil sentirlo que definirlo».² Puede que Gibbs esté en lo correcto; sin embargo, siempre es necesario buscar una definición bíblica de la adoración. De otro modo, no podríamos estar seguros de que lo experimentado sea adoración. Habiendo dicho lo anterior, Gibbs pasó a dar varias definiciones tomadas de diferentes fuentes. Algunas de ellas dicen que la «adoración» es 1) «el desbordamiento del corazón agradecido, que está conciente del favor divino»; 2) «la efusión del alma reposada ante la presencia de Dios»; 3) «lo que hace el corazón cuando se ocupa, no de sus necesidades, ni de sus bendiciones, sino de Dios mismo»; 4) «la ofrenda que brota del corazón que ha conocido al Padre como Dador, al Hijo como Salvador y al Espíritu Santo como Huésped residente».³

Rick Atchley definió la adoración como «el reconocimiento en Dios de lo que Él es, en uno mismo de lo que uno es y la respuesta correspondiente a tal reconocimiento».⁴ La adoración afirma la dignidad de Dios y la fragilidad del hombre. Nos recuerda que dependemos de Dios. Aunque todas las anteriores definiciones contribuyen a nuestro entendimiento de lo que debería ser la adoración, ninguna de ellas puede explicar todo lo que es. Llegado a este punto, no trataré de formular ninguna otra definición; sin embargo, a medida que avancemos en las lecciones de esta serie, se nos formará un concepto más claro del significado de la adoración. En una lección que viene más adelante analizaremos el significado de las palabras griegas de las cuales se tradujo la

palabra «adoración».

¿POR QUÉ HEMOS DE ADORAR?

Es cuando adoramos que somos más frágiles, porque es el momento en que estamos más concientes de nuestras debilidades humanas; pero, a la vez, es cuando adoramos que somos más fuertes, porque es el momento en que recurrimos al poder de un Dios que es soberano. Es Dios quien nos llama a adorar. Él nos hizo así. Los seres humanos fuimos hechos de modo tal que, mientras no haya adoración de parte de nosotros, estaremos vacíos e insatisfechos. Dios sabe que si no lo adoramos a Él, buscaremos otra cosa que adorar. Él nos hizo a Su propia imagen, es decir, una prolongación de Su naturaleza (Génesis 1.26; vea 2.7). No nos hizo para estar aquí para siempre. Nos hizo para vivir con Él eternamente. Por lo tanto, Él desea que estemos en Su presencia, que le lleguemos a conocer mejor y que le imitemos. Él sabe que las personas se llegan a parecer a lo que sea, o a quien sea, que adoren. Si lo adoramos a Él, llegaremos a parecernos más a Él. Las siguientes Escrituras hacen hincapié en la anterior verdad:

Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial (1^{era} Corintios 15.49).

Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2^a Corintios 3.18).

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1^{era} Juan 3.2).

En términos generales, lo que Dios realmente desea es restaurar la relación que debe haber entre la humanidad y Él. Él sabe que si nos convertimos en adoradores, no mentiremos, no haremos trampa, no robaremos ni viviremos inmoralmente. Dios procura limpiarnos y reunirnos con Él mismo por medio de nuestra fe en lo que Él ha hecho por nosotros en la cruz. Procura mantenernos limpios por medio de la adoración. También sabe que si mantenemos nuestra relación con Él por medio de la adoración, compartiremos los deleites y beneficios de tal relación, con el mundo que nos rodea. La adoración, por lo tanto, es para el beneficio de nosotros, no para el de Él.

La adoración no consiste simplemente en celebrar alguna idea acerca de Dios, o alguna faceta

² Alfred P. Gibbs, *Worship: The Christian's Highest Occupation (La adoración: La más sublime ocupación del cristiano)*, 2d ed. (Kansas City, Kans.: Walterick Publishers, n. d.), 15.

³ *Ibíd.*, 15–17.

⁴ Rick Atchley, "What a Left-brained Preacher Has Learned" («Lo que un predicador de mente analítica ha aprendido»), Part 1, *Pepperdine Lectures* (Malibu, Calif.: Pepperdine University Media Center, 1998), casete.

de Su naturaleza, sino en estar en la presencia de Dios mismo. Adorarlo es dedicarse por completo a Él, es llegar a estar absorto en Él, experimentando la comodidad y seguridad de Su protección, y la calidez de su abrigo. Cuando uno disfruta de la luz de Su gloria y absorbe el resplandor de Su presencia, obtiene como resultado que se llega a parecer más a Él. Lo anterior contribuye a prepararnos para Su presencia eterna cuando venga por segunda vez. Las personas tienden a parecerse a aquel con quien sea que pasen tiempo. En su forma más simple, adorar es pasar tiempo con Dios con el propósito de llegar a parecernos más a Él. Cuando estamos concientes de quién es Él, le honramos y le adoramos, porque estamos concientes de que es digno de ello. «Adorar y glorificar a Dios —este es el fin primordial de todo hombre o mujer».⁵

¿CUÁNDO HEMOS DE ADORAR?

Idealmente, la adoración debería llevarse a cabo con más frecuencia que la adoración colectiva que llevan a cabo los cristianos en asamblea. La mayoría de las instrucciones y ejemplos de adoración que se dan en las Escrituras se encuentran en un contexto de adoración en privado, o familiar. Sin embargo, no son muchas las preguntas que oigo sobre esta clase de adoración. ¿Significará esto que no se está llevando a cabo mucha adoración en privado, o familiar?

Cuando se nos viene a la mente la «adoración», por lo general la asociamos con la adoración colectiva que llevan a cabo los cristianos en asamblea. No obstante, si no estamos adorando a Dios en privado, no estaremos preparados espiritualmente para adorarlo el domingo (el «primer día de la semana»), día al que a veces se le llama «el Día del Señor». (Vea Hechos 20.7; 1^{era} Corintios 16.2; Apocalipsis 1.10).⁶

¿CÓMO HEMOS DE ADORAR?

Aunque son pocos los detalles y descripciones que se dan acerca de cómo se llevaba a cabo la adoración en la iglesia primitiva, en 1^{era} Corintios 11–14, Pablo expuso algunos principios generales, por los cuales habían de guiarse los cristianos en sus cultos. Muchos estudiantes de las Escrituras consideran que Pablo escribió la totalidad de 1^{era} Corintios 11–14 pensando en el culto. En lo

personal considero que el contexto en el que se ubica la totalidad de los cuatro capítulos es el culto. Sin embargo, hay quienes ponen en duda que los primeros dieciséis versículos del capítulo 11 se refieran a la conducta a observarse en el culto de adoración. No obstante, a partir de 11.17, no se pone en duda de que es al culto de adoración que se refiere. La frase «os congregáis» claramente revela el contexto. Independientemente de lo que estos cristianos hicieran en la adoración — independientemente de lo que nosotros hagamos— los siguientes principios han de aplicarse.

Qué hacer

1. *Hemos de reunirnos para ayudarnos entre nosotros a mejorar* (11.17). Los versículos que siguen describen facciones y divisiones que perturbaban los cultos de los corintios. Mucho de lo que ellos hacían en sus cultos era perjudicial para su desarrollo espiritual. En lugar de honrar a Dios, se honraban a sí mismos. Sus acciones necesitaban ser dirigidas a Dios y no a sí mismos.

2. *Hemos de tener presente el propósito* (11.27–29). El contexto de este principio se encuentra en la celebración de la Cena del Señor. La palabra «indignamente» (vers.º 27) obviamente significa «errando el propósito y el espíritu». En Corinto se había perdido el propósito del culto, y especialmente el de la Cena del Señor. Pablo instó a estos cristianos a examinarse a sí mismos (vers.º 28), y a reconocer el verdadero propósito para el que se congregaban.

3. *Hemos de funcionar como un cuerpo* (12.12–21). Dios desea que su pueblo se congregue para adorar (Hebreos 10.25). La adoración debe ser tanto vertical como horizontal. Es decir, debe establecer relaciones, no sólo con Dios, sino también con los demás. La adoración en privado o familiar es muy importante para el crecimiento espiritual, pero la adoración colectiva proporciona algo que aquélla no puede proporcionar. La participación con otros en eventos que cimentan la fe fomenta un sentimiento de comunión y mutuo estímulo, algo que se pierde cuando existen divisiones dentro de la iglesia congregada. Cuando hay un miembro que prefiere una cosa y otros que prefieren otra, las relaciones horizontales se deterioran. Lo que a menudo se nos olvida es que cuando las relaciones horizontales se deterioran, lo mismo le ocurre a la relación vertical (la relación personal de cada uno con Dios).

4. *Hemos de preocuparnos los unos por los otros, dando honor a los miembros que más necesidad de honor tienen* (12.22–25; compare con Santiago 2.1–13).

⁵ Tozer, 51–52.

⁶ Vea el comentario que lleva por título «Una cena que se llevaba a cabo el día del Señor», y el artículo complementario «¿Cuán a menudo se ha de observar la Cena del Señor?».

Puede que nos veamos tentados a desatender o a evitar a los miembros del cuerpo que no son como nosotros somos. Santiago se refirió explícitamente al peligro de hacer acepción de los ricos. La congregación es un refugio seguro en la presencia de Dios, donde todos los ciudadanos del pueblo de Dios deben ser iguales. La iglesia no trata a los pobres, ni a los menos deseables, ni a los marginados por la sociedad, del mismo modo que el mundo los trata. La congregación es un lugar donde hallan amparo los que huyen del mundo, por ser marginados, oprimidos y maltratados por una sociedad que se caracteriza por su crueldad. Entrar en la congregación debe ser como obtener un respiro de aire fresco. Una vez allí, debe ser manifiesto que hay preocupación unos por otros, y que se da honor por igual a todos.

5. *Hemos de tratarnos con amor los unos a los otros* (13.1–8). No fue sino hasta que me encontré comentando con un amigo estos pasajes y la enseñanza que en ellos hay sobre la adoración, que me di cuenta de que el tratado sobre el *amor* del capítulo 13 se encuentra en medio de tal enseñanza.⁷ No hay duda de que la enseñanza sobre el amor también se aplica a otros aspectos de la vida cristiana; sin embargo, el contexto inmediato tiene que ver con el trato que debemos darnos los unos a los otros en el culto colectivo. El amor había de ser el interés primordial de estos cristianos (14.1). El amor nos lleva considerar las necesidades y preferencias de los demás antes que las nuestras. Cuando leo el capítulo 13 desde la perspectiva de la conducta que deben observar los cristianos en el culto de adoración, el capítulo entero adquiere un nuevo significado para mí.

6. *Hemos de procurar edificarnos los unos a los otros* (14.3, 4, 5, 12, 17, 26, 31). La palabra clave del capítulo 14 es «edificar» en sus diversas formas. Por lo menos siete veces, dependiendo de la versión que se use, vemos a Pablo haciendo hincapié en la necesidad de que la adoración sea edificante. «Edificar» significa «levantar». La edificación debe ser el resultado colectivo de los cinco principios anteriores. Lo que Satanás y el mundo tratan de derribar, la adoración lo vuelve a levantar. La adoración no debe ser una actividad gravosa para la iglesia, sino una actividad que edifique a ésta.

7. *Hemos de hacer todo decentemente y con orden* (14.40). Dios no crea ni aprueba la confusión. Toda

confusión que se dé en el culto de adoración es creada por el hombre. Si hay algún espíritu moviéndose dentro de la reunión, el cual crea confusión, téngase la certeza de que no se trata del Espíritu Santo.

Qué no hacer

Una de las cosas que más debemos preocuparnos por evitar es que vengamos al culto, sigamos la formalidad del acto, digamos las palabras que deben decirse, cantemos los cánticos que deben cantarse y, aun así, no haber adorado. Esto podría suceder por varias razones:

En primer lugar, podría ser que no adoráramos debido a que tendríamos un propósito equivocado para congregarnos. En Mateo 15.8, Jesús advirtió de esto citando Isaías 29.13: «Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí».

En segundo lugar, podría ser que no adoráramos debido al pecado que hubiera en nosotros. El profeta Amós describió una situación que tornaba inaceptable la adoración. El pueblo de su época observaban los días de fiesta, presentaban ofrendas quemadas y cantaban cánticos espirituales; pero Dios no aceptaba la adoración de ellos debido a la vida corrupta que vivían (Amós 5.21–27).

En tercer lugar, podría ser que no adoráramos debido a algo que hubiéramos hecho para lastimar a un hermano. Jesús dijo: «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda» (Mateo 5.23–24).

El finado Andy T. Ritchie Jr., que por muchos años dio un curso en la Harding University, sobre «La adoración de la iglesia», dijo: «La adoración no es aceptable para Dios mientras uno no viva su vida diaria en armonía con Él».⁸ Dios dispuso la adoración de modo que cambiara la manera como vivimos. La adoración forma dentro de nosotros las cualidades de vida que nos moldean y nos hacen a la imagen de Dios. Dios no nos ha llamado a adorarlo porque Él lo necesite. Él es soberano, completo en sí mismo. No necesita nada que tengamos que le podamos ofrecer. Nos ha llamado a adorarlo porque somos *nosotros* los que lo necesitamos. En la adoración, Él nos llama a la grandeza espiritual.

⁷ En una conversación que tuve con Gary Walker, de Lubbock, Texas, él señaló que el capítulo del «amor» se ha incluido en medio de una vasta enseñanza sobre la adoración.

⁸ Andy T. Ritchie Jr., Class Lecture Notes (Apuntes de clase), The Worship of the Church (La adoración de la iglesia), Harding University, n. d.

CONCLUSIÓN

No es mi propósito enredarme en las diferentes cuestiones que las personas han planteado en torno a la adoración. La mayoría de ellas, si no todas, desaparecerán cuando nos centremos en la esencia de lo que es la adoración. La adoración no tiene que ver ni con forma ni con estilo. No tiene que ver nada con lo que me guste o prefiera, sino con lo que le agrada a Dios. No es con el propósito de brindar una oportunidad para que todos ejerzan su talento personal que el culto de adoración se diseña, sino con el propósito

de llevar a todos a la presencia de Dios. La adoración ni siquiera tiene que ver con atraer a «los que no se congregan». La adoración neotestamentaria es una actividad para cristianos. Esto no significa que debamos ser insensibles a las necesidades o preocupaciones de los invitados presentes en nuestras asambleas; sin embargo, debemos comprender que a un invitado que no es sensible hacia Dios, ni hacia el verdadero propósito de la adoración, no le parecerá que las cosas que se hacen en el culto guarden relación alguna con el momento que está pasando en su vida.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS